



AMORES QUE MATAN

EN unas pocas semanas la relación entre España y los EE.UU. ha pasado de ser una relación muy positiva (para algunos incluso la mejor de toda nuestra historia) a ser una relación tensa y difícil. El porqué de este giro tan brusco y tan profundo —tan español— merece un análisis cuidadoso.

El presidente Aznar, por las razones que mencioné en artículos anteriores (en resumen: ninguno francés; interés británico y americano que podría sernos útil en la lucha antiterrorista, la relación con Marruecos y nuestra posición en Iberoamérica; y también las garantías que recibió de que la operación militar sería, triunfal y, sobre todo, muy rápida), convenció a su Gobierno de que había que apoyar sin reserva alguna a la coalición anglosajona en el conflicto de Iraq y decidió hacerlo además buscando una visibilidad y un protagonismo que otros países (Italia y Polonia son dos buenos ejemplos) no buscaron —incluso lo eludieron expresamente—, a pesar de que sus compromisos militares eran superiores a los de nuestro país. Esta postura produjo tres efectos: de un lado, un claro enfrentamiento con el eje franco-alemán, que reaccionó muy críticamente y con el debido desdén; de otro, el rechazo absoluto de toda la oposición política interna y en especial la del PSOE, que anunció, para el supuesto que ganara las elecciones, la retirada de tropas si la ONU no tomaba el control efectivo antes del 30 de junio; y por fin, una condena fuertemente mayoritaria de una ciudadanía opuesta a la guerra, que castigó duramente al PP en las elecciones del 14 de marzo y dio el poder al PSOE, que supo capitalizar eficazmente (manipular aviesamente, según el PP) el impacto del terrible atentado del 11 de marzo.

Por su parte el presidente Rodríguez Zapatero, queriendo beneficiarse y potenciar al máximo la reacción ciudadana y creyendo interpretar fielmente su mensaje, decidió acelerar, a marchas verdaderamente forzadas, la retirada de tropas con el doble argumento de que el 30 de junio no sería posible que la ONU asumiera una responsabilidad plena sobre la situación y de que por ende no sería lógico seguir asumiendo riesgos de ningún orden. La decisión del Gobierno del PSOE se llevó a cabo en uno de los momentos más delicados del conflicto de Iraq y generó no sólo el profundo disgusto de los gobiernos americano y británico, sino también el de los Gobiernos polaco, italiano y japonés, que tuvieron que enfrentarse a fuertes reacciones de protesta de sus opiniones públicas favorables a seguir el ejemplo español. Pareciera —dijo un comentarista en la televisión americana— como si España tuviera «un especial interés en dañar gravemente a la coalición anglosajona» con tal de «ganarse el favor del eje franco-alemán», un eje que defendió, en efecto, la decisión española de retirar las tropas, pero eso sí, con un entusiasmo perfectamente describable e incluso con una cierta distancia.

El nombramiento de un gobierno iraquí encargado de preparar las elecciones del 2005 y la aprobación por unanimidad de una resolución del Consejo de Seguridad dando cobertura legal a la permanencia de una fuerza multinacional después del 30 de junio complicaron aún más la posición española y dieron lugar, al final de los

comicios, a una serie de declaraciones, tan sorprendentes como inquietantes, sobre el abusivo poder imperialista americano y la prepotencia y la impotencia del eje franco-alemán.

Pasadas ya las elecciones europeas —con el doble «triunfo» del PP y del PSOE, lo cual puede ayudar a tranquilizar el ambiente político— debemos volver humildemente a la realidad. Hemos alcanzado un alto crédito como nación seria y cumplidora y hemos mejorado substancialmente, a nivel internacional, nuestra presencia económica y política. Pero España no juega todavía en la primera división mundial y creer lo contrario sería sumamente peligroso. No pode-

Hay una serie de temas en los que el consenso entre las dos grandes fuerzas políticas no es una cuestión estética ni voluntarista. El PP y el PSOE, «velis nolis», tienen que sentarse a dialogar y llegar a pactos concretos

mos ganar a todo el mundo. No podemos permitirnos, en concreto, el lujo de tener un Gobierno con reflejos antiamericanos y una oposición que critica abiertamente y se resiste a aceptar el liderazgo franco-alemán. Hay una serie de temas en los que el consenso entre las dos grandes fuerzas políticas no es una cuestión estética ni voluntarista. El PP y el PSOE, «velis nolis», tienen que sentarse a dialogar y llegar a pactos concretos. Aunque no lo parezca, estamos jugando con fuego.

La idea de que España deba esforzarse al máximo hasta alcanzar el objetivo de convertirse, dentro del mundo occidental, en el único país enemigo de los EE.UU. no es ciertamente una buena idea. Se pueden aceptar todas las críticas que se han vertido sobre la mala gestión

—verdaderamente mala— de la guerra de Iraq, desde la misma decisión equivocada de invadir hasta el día de hoy, pero parece claro que en estos momentos todo el mundo occidental —incluyendo a Francia, Alemania y Rusia— debe y va a colaborar con los Estados Unidos a resolver de alguna forma la dramática situación a la que ese país nos ha llevado. Pura y simplemente no hay otro remedio, y siendo ello así, España no puede quedar aislada del proceso. Tiene que estar ahí y dar la cara.

No es bueno, en cualquier caso, llevarse mal con el país más poderoso de la tierra, con el país que va a influir decisivamente en el desarrollo del proceso globalizador que está viviendo la Humanidad entera. Nos guste o no, ya ha comenzado a todos los efectos la era de la «pax americana», una era que va a ser larga porque los Estados Unidos han decidido no sólo mantener su absoluta supremacía, sino ejercer un liderazgo activo y comprometido, asumiendo los riesgos que procedan, para garantizar su seguridad, que es y va a ser durante algún tiempo su preocupación básica. Nadie debe pensar que esta actitud podría cambiar substancialmente si el presidente Bush perdiera las elecciones de noviembre. Quizás entonces mejorarían un tanto las formas, pero el fondo seguiría siendo absolutamente el mismo. Ganar tiempo esperando una victoria demócrata sería, por ello, poco aconsejable. Habrá además que asumir la alta posibilidad de una reelección de un presidente que va a contar con el poderosísimo argumento de un crecimiento económico espectacular, con grandes medios financieros en su campaña y, posiblemente, con una situación un poco menos negativa de la guerra de Iraq y del conflicto de Oriente Medio. A pesar de que las encuestas de intención de voto favorecen hoy claramente al senador Kerry (que votó, por cierto, a favor de la invasión de Iraq), en el propio partido demócrata varios expertos le dan pocas posibilidades de victoria. Las cosas en los Estados Unidos no funcionan como en Gran Bretaña ni como en Europa.

De otro lado, España es —y no puede dejar de ser— una parte de Europa, un país profundamente europeo, que además de agradecer la inmensa ayuda que ha recibido, tiene que aprestarse a la urgente tarea de reavivar la muy dañada idea europea e incluso a revisarla profundamente para que podamos salir de una situación difícil, agravada por la crisis económica y la situación política interna de un eje franco-alemán que también tendrá que revisar a fondo su propio papel y ceder protagonismo a otros países, y en concreto a España. Pero España no puede aparecer en la escena política como un país difícil e intransigente que obstaculiza el proceso de construcción europeo y su desarrollo institucional. Dejémonos de amores y de fobias. En política, y sobre todo en política exterior, las querencias sentimentales matan. El oficio consiste en participar con fuerte ánimo y con un pragmatismo en estado puro en un juego de múltiples intereses, complicado pero fascinante. Así es posible incluso ganar. De la otra manera se suele caer en el ridículo.